

¡CÓMO PASA EL TIEMPO!

“Cómo pasa el tiempo”, pensó Julián mientras se balanceaba en su mecedora. Cuando apenas tenía dieciocho años trataba de pensar en lo que podría ser su futuro y le era muy difícil trasladarse a más de diez años vista. Diez años era toda una eternidad; veinte, algo imposible de imaginar. Pero ahora, con casi setenta, todo era tan cercano; su niñez, el colegio, el servicio militar, su boda, el nacimiento de sus cuatro hijos. Todo parecía haber ocurrido ayer mismo.

Julián daba gracias a dios por conservar su estupenda memoria y, sobre todo, su claridad mental. Se sentía muy triste al ver como a algunos de sus amigos cada día les fallaba más la cabeza y comenzaban a olvidarse de su pasado, hasta que poco a poco perdían también su presente. A él no le importaban demasiado sus otros achaques, pero no hubiese soportado nunca verse privado de su lucidez mental. Mantenía maravillosos recuerdos de su vida, y cuando alguna persona le decía: “Julián, los recuerdos son sólo pasado; nada útil”, él les contestaba: “Sí, los recuerdos son pasado, pero las sensaciones que nos transmiten son un vivo presente”. Pero Julián no se mantenía anclado exclusivamente en sus recuerdos; todos los días encontraba cosas nuevas para hacer. El había luchado durante toda su vida por abrirse camino y no pensaba que la edad pudiese hacerle desistir de esta forma de ser.

Recordaba a su esposa Luisa, que había fallecido dos años antes. Junto a ella había pasado algunos años felices, pero después todo fue derivando hacia una sutil decadencia.

También recordaba a sus hijos. Luis, el mayor, siempre tan responsable y brillante. “Quizás demasiado serio”, pensaba Julián. Tras terminar la licenciatura de medicina encontró trabajo en otra ciudad y se instaló en ella. Desde entonces sólo se solían ver por Navidad y en algunas otras celebraciones familiares.

Jorge y Santiago, los dos siguientes, se llevaban apenas año y medio de edad, pero no se parecían en nada. Jorge siempre había odiado estudiar, y en cuanto acabó la escuela primaria encontró trabajo en una carpintería, donde seguía trabajando hoy en día. A Santiago, sin embargo, la ciudad donde vivían se le quedó pequeña enseguida. Estudió filosofía y bellas artes, y, en cuanto pudo, se puso a recorrer mundo. De vez en cuando

llegaba alguna postal desde Méjico, China o la India, que servía de rastro de su vida itinerante y dejaba constancia de que seguía con vida.

María, la pequeña, llegó casi por sorpresa cuando sus padres no esperaban ya tener más hijos. Curiosamente, pensaba Julián, era la que más se le parecía. Siempre intentaba disfrutar de cada momento de la vida; con multitud de planes e ideas para poner en marcha. Una muchachita decidida e inteligente que tenía una sonrisa fácil y contagiosa. A medida que fue creciendo, Julián se iba sintiendo especialmente orgulloso de ella y se mantenían muy unidos. María siempre le reprendía cuando él encendía su pipa, preámbulo de seguras toses, pero Julián le respondía que en seguida la apagaba y buscaba algún otro lugar escondido para terminar de saborear su desgastada pipa. El olor a tabaco es delator seguro, así que los dos sabían muy bien el papel que les correspondía en este juego de complicidades.

Julián sonreía para sí mismo, pensando que su vida había sido completa y sintiéndose orgulloso por todo lo que había conseguido para él y para los de su alrededor. Sin duda, había cometido equivocaciones, pero el balance total reflejaba una vida con innumerables logros y satisfacciones, fruto de sus esfuerzos y de su trabajo.

Tras terminar su taza de café, una agradable sensación de sueño y calidez le fue invadiendo, poco a poco, hasta que sus párpados finalmente cedieron.

Despertó sintiendo el olor a naturaleza y humedad. Era un hermoso atardecer de primavera. Los recuerdos nuevamente afloraron en su mente. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que se encontraba en el pueblo donde nació, muy cerca de su casa; allí vivió durante la adolescencia y la niñez. Comenzó a recorrer el sendero por el que solía regresar de la escuela y se aproximó a la casa. ¡Cuánto tiempo hacía que no visitaba aquel lugar! María, su hija, le había dicho años atrás que la casa estaba en ruinas, pero, a medida que se acercaba a ella, la veía como siempre; con las paredes perfectamente encaladas y las preciosas contraventanas de color añil. Un niño de unos catorce años salió bruscamente sollozando de la casa y se dirigió hacia un enorme castaño que había en el jardín. Trepó hábilmente por el tronco y se encaramó sobre una robusta rama. Julián se acercó hasta el árbol y sus ojos también se humedecieron por las lágrimas.